

# De la etimología antigua a la actual\*

Feliciano DELGADO  
*Universidad de Córdoba*

RESUMEN: Para comprender el sentido de *Las Etimologías* de san Isidoro se estudia la etimología en Grecia, la etimología en Varrón, su paso a topos retórico en Quintiliano y Cicerón. Sobre ese fundamento se analiza la teoría etimológica isidoriana. A partir de aquí se estudian los diversos modos como ha sido considerada la etimología. Búsqueda de sus posible antecedentes hebraicos, el concepto de raíz en la gramática comparada, grandeza y miseria de este análisis y tendencias actuales.

ABSTRACT: With the purpose of understanding the sense of *The Etymologies* by Saint Isidorus, an approach is made to etymology in Plato, in Varro, the evolution of it to rhetorical *topoi* in Quintilianus and Cicero. The Isidorian etymological theory is analyzed in this light. This is a starting point for the research on the various ways of approaching etymology. Also here is the search for possible Hebrew antecedents, the concept of root in historical comparative grammar, which is the greatness and misery of this analysis, and lastly today's state of the art.



Para colocar la obra fundamental de san Isidoro, *Las etimologías*, he querido en este trabajo establecer la evolución metodológica que ha sufrido el procedimiento etimológico, contraponiendo la etimología antigua con la etimología de la lingüística histórica y/o comparada para colocar la etimología isidoriana, indirectamente, en sus parámetros intelectuales.

La etimología surge de una necesidad intelectual. “Pues los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración”<sup>1</sup>. Cuando la admiración surge por entender la razón por la que algo es, tenemos

---

\* Este artículo reproduce exactamente, a excepción de las notas, la conferencia pronunciada por el Prof. Feliciano Delgado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, el 26 de abril de 2001, con motivo de la festividad de San Isidoro de Sevilla, patrono de la Facultad.

<sup>1</sup> Aristóteles, *Metafísica*, 92b: διὰ γὰρ τὸ θαυμάζειν οἱ ἄνθρωποι καὶ νῦν καὶ τὸ πρῶτον ἤρξαντο φιλοσοφεῖν.

como resultado el conocimiento racional.

Tenían frente a sí el lenguaje como tenían las cosas. El mundo no era un caos. Podía reducirse a unos primeros principios, agua, fuego, aire; permanencia por encima de la diversidad de apariencias o diversidad de apariencias como único constituyente. O ambas cosas como en Aristóteles. Todo lleva dentro de sí mismo un principio ontológico parmenidiano de permanencia, de semejanza y un principio heraclítico de oposición, de alteración.

El lenguaje era analizable como lo era la realidad y encontrar en él unos elementos menores en su corriente sonora, como podían encontrarse elementos mínimos y primigenios en el universo del mundo exterior donde el análisis se detenía: en los átomos, los indivisibles. Las unidades del lenguaje eran los sonidos como unidades mínimas indivisibles. (Platón, *Cratilo*, 424c-d; Aristóteles, *Poética*, 1456<sup>b</sup>, 1457<sup>a</sup>), con capacidad de organizarse en unidades superiores. “Una unidad mínima sonora (στοιχεῖν) es un sonido (φωνή) que no es analizable, no cualquiera, sino aquel que por su naturaleza puede llegar a formar un sonido (φωνή) compuesto, puesto que los animales también tienen sonidos (φωναί) no analizables, pero no le doy a ninguno de ellos el nombre de unidades mínimas sonoras (στοιχεῖον)” (Aristóteles, *Poética*, 1456<sup>b</sup>). Esas unidades mínimas se asocian según reglas precisas. Platón decía que la gramática es el arte de saber qué letras [sonidos] se combinan con cuales (*Sofista*, 253 a). Así asociados los sonidos forman, entre otras unidades los nombres (ὄνομα) y oraciones (λόγος).

Pero enseguida surge la interrogación de cómo significan los nombres. ¿Porqué una realidad aislada se asocia a una secuencia sonora y no a otra?. ¿Por naturaleza o por convención? Se trata de la controversia *physis/nomos*. No entremos en la disputa de escuelas. Digamos simplemente que en ese instante del problema es cuando surge la etimología: saber el porqué de una conexión determinada entre un conjunto de sonidos y lo que ese conjunto significa. Si conocer el significado de los nombres era poseer el conocimiento de las cosas, pudo decir Antístenes, en uno de los pocos fragmentos que nos quedan de su pensamiento, que la investigación de las palabras, [no de las cosas], es el comienzo de la educación (ἀρχὴ παιδείσεως ἢ τῶν ὀνομάτων ἐπίσκεψις)<sup>2</sup>, [porque las cosas son expresadas por medio de las palabras]. “Quien sabe los nombres conoce también las cosas” (Platón, 435<sup>d</sup>).

La verdad o falsedad no es sólo una cualidad de las proposiciones. En Platón las palabras tienen también una verdad. La verdad está en la adecuación

---

<sup>2</sup> Cfr. Epicteto I,17,12.

entre la expresión de la secuencia sonora y los nombres que esa secuencia sonora significan. Quien puso los primeros nombres sabía lo que eran las cosas que quería expresar por el lenguaje y le asignó una secuencia sonora que expresaba su esencia física. De ahí surgen las etimologías fantásticas para forzar el que un nombre descubra su significado latente y se haga patente por un juego de palabras. Un concepto correcto de una cosa debería estar inherente en su nombre. Si las cosas son lo que son, si son soporte de sus cualidades, si son substancias, los nombres deben manifestar la peculiaridad de su substancia. Quien puso los primeros nombres tuvo que saber porqué los ponía, puesto que había descubierto las cosas como entidades diferenciadas. Descubrir esos nombres primigenios por encima de las variaciones que han podido tener con su uso se puede hacer con un recurso a los valores expresivos que se manifiestan en la secuencia de sonidos que forman la palabra o descubrir relaciones conceptuales con otros nombres que expresan claramente lo que significa la cosa que nombran y tienen cierta analogía o parecido con los nombres que no expresan la realidad íntima de la cosa que nombran. Por el primer procedimiento descubrimos, por ejemplo, que el verbo *fluir*, ῥέω, viene evocada por su sonido la acción que el verbo significa. En los otros casos la relación del sonido con la cosa significada no es claro. Recurrimos a procedimientos de división y análisis conceptual de las partes. Por ejemplo el nombre del dios del mar Poseidon, Ποσειδών. Para él el mar es una barrera, una atadura, δεσμός, para sus pies, ποδών, o porque sabe mucho, πολλά εἰδώς. Para poder establecer este análisis, Platón ya sabe quien es Poseidón, ya sólo falta encontrar dentro del sonido de su nombre, o forzando o cambiando los sonidos algún significado que tenga relación con lo que sabemos de lo que él es, de su εἶδος. La realidad lingüística es mucho más interesante. El nombre se compone de una parte indoeuropea ποσει, “el jefe” o “el esposo” y un elemento egeo, de “la tierra” y así podemos determinar la integración de elementos diversos en los orígenes de la mitología griega.

No sabemos si lo que hace Platón es fina ironía, pero de lo que si estamos seguros es que su procedimiento es puramente imaginativo. Pero no hay que echarle nada en cara. Las etimologías platónicas intentan penetrar en el misterio de las cosas; pertenecen a la filosofía, no al método filológico.

Pero ese procedimiento tenía sus antecedentes. En el *Rig Veda* (5. 2. 12), por ejemplo, el nombre de *Agni*, [Indoeuropeo: \*ng-ni] dios del fuego, se interpreta como si viniera de *ajāti*, ‘que capture’ cambiando la *g* originaria por la semiconsonante *j*. Este tipo de etimología es la que en tiempo de Sausure comenzó a llamarse popular, frente a la sabia de los comparatistas.

No estamos tratando de la teoría del lenguaje en la antigüedad. Por eso

hemos de dejar a un lado a la primera escuela estoica que tanto influiría en la construcción de la tradición gramatical y tenemos que dejar a un lado a Aristóteles, que puso el fundamento de toda especulación sobre el lenguaje en el sentido social de la persona humana<sup>3</sup>. Tenemos que dar un salto a otro genial etimólogo, Varrón (116-27 a. C.), que quiso poner orden en el mundo de la etimología antigua.

Varrón, en lo que nos queda de su obra *De lingua latina*. Trató en su obra de la etimología, de la morfología y de la sintaxis. De algún fragmento que nos queda de la sintaxis sabemos que sería una sintaxis estoica, es decir una lógica proposicional. La parte más extensa de lo que ha llegado a nosotros trata de la etimología.

“La naturaleza de cada palabra es doble: de qué cosa y a qué cosa se impone un vocablo”<sup>4</sup>. La tarea es oscura porque no quedan todas las imposiciones de las palabras, algunas borró la vejez, ni las que quedan se han aplicado siempre verdaderamente, ni las que se han aplicado rectamente se han mantenido en su forma primera, muchas parecen con interpolaciones de otros sonidos. Ni todas han conservado su significación originaria.

En el estudio del origen de las palabras establece cuatro grados: “El ínfimo es el que hasta la gente de la calle percibe. El segundo es, el que apoyándose en la gramática antigua, explica de qué manera y cual palabra compuso el poeta, cual inventó, cual derivó. El tercer grado a donde subiendo llega la filosofía y comienza a hacer patente el sentido de términos comunes como *oppidum, vicus, via*. El cuarto grado, dice de modo obscuro, que es “donde está la entrada y el comienzo del rey”. Se debe referir probablemente a la palabra sagrada o a los dichos de los oráculos. Pero poco importa, porque él mismo nos dice que sólo llegará hasta el tercero. Que “aunque no llegue a tocar el grado más alto”, ha estudiado a la luz de Aristófanes de Bizancio (262-185), las palabras creadas por los poetas y de la filosofía estoica del discípulo de Zenón, Cleantes de Assos (331-332) quien introdujo la retórica como una división de la filosofía: “seis son las partes [de la filosofía]: la dialéctica, la retórica, la ética, la política, la física y la teología” (ὁ δὲ Κλεάνθης ἐξ ἑξ μέρη φησὶ διαλεκτικόν, ῥητορικόν, ἠθικόν, πολιτικόν, φυσικόν, θεολογικόν)<sup>5</sup>. Parece que el análisis del nivel tercero sea un modo estoico de llegar a las cosas dentro de una filosofía que establecía una relación por naturaleza del lenguaje

<sup>3</sup> Gérard Verbeke, “Interpretation et langage dans la tradition aristotélicienne”, B. R. Güner (ed.), *Historia Philosophica Medii Aevi*, Amsterdam, 1991, págs. 1029-45.

<sup>4</sup> Cum unius cuiusque verbi naturae sint duae, a qua re et in qua re vocabulum sit impositum. V,2.

<sup>5</sup> Diógenes Laercio, VII 41. J. von Arnim, *Stoicorum vetera fragmenta*, I, 482.

con las cosas nombradas. Lo que nos queda de Varrón es riquísimo y por vez primera se acerca a estadios anteriores del idioma para intentar deducir los significados y relaciona los nombres simples con sus derivados morfológicos. Escojamos una palabra de la que él aduce como ejemplo de las que él califica como “términos comunes”, por ejemplo *via*. Comienza hablando de *terra*. “Se llama tierra porque se la holla (*teritur*), como escribe Aelio, un gramático de quien nos quedan unos fragmentos<sup>6</sup>. Por eso en los libros de los Augures, se escribe con una sola *r* [ . . . ] *Via* es un *iter* porque se la holla pasando por ella (*quod ea vehendo teritur*). Relaciona tres palabras para establecer un significado que surge de la realidad nombrada. Para hacer más comprensible la relación recurre a un texto arcaico donde *terra* se escribe sin geminar la *r*. El escribirlo con una sola *r* era la forma de representar en textos arcaicos la geminada. Pero eso da paso a Varrón a relacionar *terra* con *tero*, ‘frotar’, ‘desgastar’, ‘dehacer’, en el lenguaje de la iglesia *contritus*, *contritio*, ‘humillado’. Con esa relación puede explicar el significado de *via*, que es un *iter*, quos ea vehendo teritur, porque es hollada, gastada por quienes pasan por él. Relaciona los dos nombres que quedaban en latín para la tierra, *terra* y *humus*: “*Terra* es lo mismo que *humus*”<sup>7</sup>. Pero cae en la falacia de establecer una etimología popular relacionándola con *umor*, ‘humedad’. La *h* es adventicia y es un derivado nominal de *umeo*, documentado en el armenio *oyc*, ‘fresco’ y en el islandés *vork* a partir de una forma indoeuropea \**ug-sm-* o \**oug-sem-*.

No se puede subestimar la influencia de Varrón. La etimología pasó a la *inventio* de la retórica<sup>8</sup>. Una forma de encontrar argumentos era establecer la etimología, la “verdad de una palabra”, bien en si misma o bien por la contraposición de un significado, a contrariis. Quintiliano la establece como fuente para encontrar argumentos<sup>9</sup>. Cicerón la coloca en los *Topica* como el procedimiento de encontrar un argumento por la fuerza del vocablo<sup>10</sup>.

Lo que era seriedad en la retórica y una necesidad de perfilar los vocablos en la preparación del discurso judicial se popularizó en manos de Ovidio. La

<sup>6</sup> H. Funaioli, *Grammaticae Romanae Fragmenta*, 1907, pág. 67.

<sup>7</sup> Terra dicta ab eo, ut Aelius scribit, quod teritur. Itaque tera in augurum libris scripta cum r uno [...] Via quidem iter, quod ea vehendo teritur. Terra, ut putant, eadem et humus. [...] Humor hic. Itaque ideo Lucilius Terra abiit in nimbos humoremque”. V IV, 21-25.

<sup>8</sup> Cfr. G. Kennedy, *The Art of Rhetoric in the Roman World*, Princeton Univ. Press. Princeton, N. J., 1972 y sobre todo, J. Martin, *Antike Rhetorik*. C.H. Beck'sche. Munich, 1974.

<sup>9</sup> *Institutio oratoria*, 5,10,55: ἐτυμολογία, ut si assiduum ab esse dando, et locupletem a locorum copia, etc.

<sup>10</sup> Est autem, cum ex vi nominis argumentum elicitor; quam Graeci ἐτυμολογίαν appellant, id est verbum ex verbo veriloquium; nos autem novitatem verbi non satis apti fugientes genus hoc notationem appellamus, quia sunt verba rerum notae. *Topicae* 268.

fiesta de Agonalia, nos explica, recibe su nombre porque el sacerdote antes de matar al animal del sacrificio pregunta, ¿lo tengo que hacer?, *agone?*. O porque los corderos no van al sacrificio por su voluntad, sino se les lleva, *agantur*. Pudiera ser que la fiesta originariamente se llamara no Agonalia, sino Agnalia, de los corderos o esté tomada del *agón* (ἄγων) griego<sup>11</sup>.

La literatura cristiana utilizó el procedimiento etimológico, sobre todo para explicar los nombres propios hebreos como hace san Jerónimo en sus *Liber locorum* y *Liber nominum*<sup>12</sup>, adaptación y traducción latina de unas listas de Filón y de Orígenes, san Agustín de forma harto simple<sup>13</sup> y hasta Tertuliano y Lactancio para establecer un concepto de religión, que exprese lo específico de la religión cristiana, establecen la etimología de que viene de *religāre*, estar ligado a Dios, en lugar de la opinión ciceroniana de que venía de *relegere*. La etimología les parecía una forma normal de comprender la palabra de Dios porque era un procedimiento usual en el Antiguo Testamento. Recuérdese el cambio de nombre de Abraham. 'Abrāhām era una variante dialectal del nombre original 'abrām, idéntico con 'abīrān, 'el padre (i. e., Diós) es exaltado). En Gn. 17, 5, se da una explicación popular del cambio de una forma a otra por la nueva misión que se le confía. Y ya que estamos en lingüística recordemos la torre de Babel, en hebreo *bālal* 'confusión', pero esa palabra representa la forma akkadia, *bab-īlu*, es decir Babilonia, de donde procedería el mito. El procedimiento de etimología popular se emplea, por ejemplo, para explicar el sobre nombre de Simón Pedro. Su sobrenombre es en arameo *kēfā*, 'piedra' y se juega con la significación expresada en griego de πέτρος (m.) πέτρα (f.). La cristianización de la etimología popular estaba canonizada.

Todo estaba preparado. El mundo antiguo había querido descubrir en la superficie de los sonidos de los nombres una significación oculta a la que se podía llegar encontrando semejanzas en otros nombres en los que la relación entre secuencia sonora y cosas estaba más evidenciada.

Sobre esa tierra hay que colocar las Etimologías isidorianas.

Digo esto porque las etimologías isidorianas no pueden ser analizadas desde el punto de vista de los estudios etimológicos de la lingüística comparada. San Isidoro pretende recoger una enciclopedia de conocimientos universales. Reducir esos conocimientos a su expresión más exacta y concisa. Ordenar los diversos campos de conocimientos y partir de los nombres para llegar a las

<sup>11</sup> Ovidio, *Fasti*, I, 317-331.

<sup>12</sup> Nótese que Bocaccio cuando escribe su folleto de islas, montes, etc. mitológicos es ya un hombre moderno que quiere determinar la situación de los topónimos, no sus significados.

<sup>13</sup> C. Mohmann, *Études sur le latin des chrétiens*. II. Roma, 1961, pag. 250. Agustín "nous déconcerte parfois par ses étymologies naïves".

cosas que esos nombres designan. La grandeza de san Isidoro está en lo que recoge y entrega a la Edad Media por encima del desierto cultural de la extinción de un orden antiguo y la incipiente creación de un orden diferente. El medio que emplea, el haber partido de los nombres para llegar a las cosas o si hubiera elegido los conceptos de las diversas ciencias y hubiera dicho como esos elementos se llamaban, es accidental. Pero como las etimologías están ahí y de etimologías estamos hablando diremos algo de sus características.

La etimología está entre las partes de la gramática (I, 7, 4), posiblemente porque utiliza fuentes estoicas para hablar de ella. “La etimología estudia el origen de los vocablos; por su interpretación se llega a conocer el sentido de los verbos y los nombres” (I, 29, 1). Conocer el sentido es descubrir en qué consiste la realidad significada por el lenguaje. Así por ejemplo: “flumen quia fluendo crevit, a fluendo dictum”, flumen, ‘río’, porque fluyendo crece, recibe su nombre de *fluere*. Su fuente es Varrón (5, 27), donde se trata simplemente de señalar una derivación: “Fluvius quod fluit, item flumen”. Lo que no explica san Isidoro es la relación que existe entre la cadena sonora *fluir* y la realidad significada.

No hay que pedirle a san Isidoro lo que no podía dar. Cuando habla del verbo dice que se llama verbo porque suena golpeando el aire (*verberato aere sonat*) o porque es la parte que más frecuentemente vuelve (*pars frequenter in oratione versetur*) (9, 1, ) Expone dos posibilidades de relación de una realidad conocida, el verbo, como parte de la teoría gramatical y dos acciones con las que se descubre su posible relación que constiuyen una conceptualización imaginativa. No podía saber como nosotros que su última significación había que retrotraerla a una forma hipotética forma indoeuropea sufijada, \**wer-dho*. Su vocalismo en *e* es normal para un neutro por tratarse de una forma necesariamente primitiva. Más difícil es explicar la forma gótica en *o*, *waurd*, ‘palabra’, *Wort* en antiguo alto alemán, posiblemente un antiguo masculino. Esto no podía saberlo, pero sí había leído en Varrón que “Aristoteles orationes duas partes esse dicit: vocabula et verba” (VII, 11).

Isidoro sabe que hay una determinación del origen de las palabras por la derivación de otras. como hacen los filósofos. Homo deriva de *humanitas* y *sapiens* deriva de *sapientia*. y no al revés. Establece así la derivación por su platonismo latente. Primero existió la sabiduría y luego el sabio (*prius sapientia, deinde sapiens*) Pero hay otro tipo de etimología. que es precisamente “la causa de los nombres” como hombre de humus, ‘tierra’, A veces su sistema imaginativo acierta sin saberlo. Los libros de historia de la lingüística suelen citar con broma y desenfado esta etimología, motivada para san Isidoro en la narración mítica de la creación del hombre. El nombre de Adam: ‘*ādām* es una derivación por etimología popular implícita en la segunda narración de la

creación del hombre de <sup>a</sup>dāmāh, ‘tierra, barro’, en traducción de la Vulgata del Génesis, “fecit Deus hominem de limo terrae” (Gn. 2, 7). Los datos de la Biblia coincidían con lo que él había leído en Quintiliano: “etiam ne hominem appellari quia sit humo natus (1, 6, 34). Hoy sabemos que misma raíz indoeuropea dhghem admite un vocalismo en *o*, ‘tierra’ y en grado 0, ‘hombre’.

En algunos casos, muy pocos, está de acuerdo con lo que nosotros hoy sabemos, pero llega a eso por casualidad. El mismo está convencido de que su intento de establecer la causalidad de los nombres no es siempre posible; No está absolutamente claro el origen de algunos nombres, es decir, de donde vengan: “Origo quorundam nominum, id est, unde veniant, non pene omnibus patet” (X, 1).

Hay algo que me sigue intrigando en san Isidoro. El sabe de la existencia de la diversidad de lenguas (IX, 2), conoce que hay tres lenguas sagradas. En cada una de esas lenguas los términos son diferentes, pero tienen que concordar las palabras con la esencia de lo que enuncian. ¿Cómo es eso posible?

Cuando se leen las etimologías isidorianas se da uno cuenta de que está leyendo una enciclopedia de conocimientos fundamentales. Esos conocimientos son más profundos según las fuentes en que se apoya. Todo eso lo pasó a la Edad Media, esa nueva forma de existencia colectiva que posiblemente comenzaba con él. Nunca se hará suficiente justicia alabando su trabajo de transmitir conocimientos al futuro. Pero su método hizo mucho daño<sup>14</sup>. Muchas veces da la impresión de que sus mecanismos etimológicos son un mero pretexto didáctico para recordar mejor la esencia de lo que exponía. Pero muchos olvidaron la doctrina que expresaba y canonizaron su forma. No importaba el saber de las cosas sino el nombre que se les daba. Parte, sólo parte, para que nadie se sienta molesto, de la filosofía y teología escolásticas se convierte en un juego de relaciones nominales separadas de la realidad que querían dilucidar. Una figura tan aguda como Pedro Abelardo llega a decir: “el hombre que discierne es quien tiene la habilidad de captar y ponderar las causas ocultas de las cosas. Y por causas ocultas entiendo aquellas que conciernen al origen de las cosas. Estas deben investigarse más por la razón que por experimentos prácticos”<sup>15</sup>.

La etimología quedó en los usos retóricos y otro tipo de preocupaciones surgieron sobre ella. Surge a finales del renacimiento una nueva preocupación sobre el origen de las lenguas. , pero para hablar del origen de las lenguas

<sup>14</sup> Curtius ha estudiado “la etimología como forma de pensamiento”, no como simple procedimiento heurístico. E. Curtius, *literatura Europea y Edad Media Latina*. Trad. Española. Fondo de Cultura Económica. II México, 1955. pag. 692-699 .

<sup>15</sup> Logica nostrorum, ed. B. Geyer, Beiträge zur Geschichte der Philophie des Mittelalters Band XXI (1919) pag. 506.



tenían todos que volver la mirada al Génesis al que lo aceptaban de forma absolutamente fundamentalista:

A partir de los datos de la confusión de las lenguas del Génesis, leídos literalmente, los interrogantes de los comentaristas fueron numerosos. Las preguntas que se hacían eran las siguientes:

¿Era el hebreo la lengua primitiva del primer hombre en el Paraíso?

Después de la confusión de Babel, ¿siguieron los hijos de Sem empleando el hebreo y quedó así el hebreo mantenido como testimonio vivo de la lengua de Adán?

Por encima de la confusión de las lenguas, ¿puede llegarse a la lengua originaria primitiva?

Si esa lengua primitiva es el hebreo, ¿puede llegarse a ella a través del análisis de las demás lenguas?

La idea del hebreo como lengua primigenia tuvo mayor influencia porque la mantuvieron S. Jerónimo y S. Agustín en el *De Civitate Dei*, tan leído a lo largo de la Edad Media. S. Agustín mantiene que en la confusión de Babel, Heber, descendiente de Sem, mantuvo la lengua primitiva, que por él, se llamó hebreo<sup>16</sup>.

La idea de la primacía del hebreo no se advierte en los comentarios bíblicos medievales. Simplemente no se trata el tema. En los Comentarios al Génesis se cita de paso el hecho, pero sin levantar interrogaciones lingüísticas. Para el pensamiento gramatical medieval, la identidad lingüística humana viene dada por la unidad de una misma lógica. Toda lengua es manifestación de un pensamiento y el pensamiento se mueve por unas leyes lógicas, que son idénticas para todos los hombres, porque todos poseen la misma naturaleza. Las lenguas, por eso, serán esencialmente las mismas y accidentalmente diferentes. Lo que no es esencial no merece la pena de tratarse, porque los accidentes, en sí mismos, no son objeto de la ciencia, que es universal, sino de descripciones particulares.

La primacía del hebreo vuelve a la consideración intelectual cuando después del Humanismo se comienza a conocer más variedad de lenguas y, sobre todo, surge la necesidad ideológica de sustituir las traducciones de la

---

<sup>16</sup> Max Müller en sus *Lectures on the Science of Languages* (Londres, 1860), cita a S. Agustín como a alguien que no se interesó en saber cuál fue la lengua primera en el Paraíso, apoyándose en un texto de *De Genesi ad litteram*, 3, 1. 10: "Quaecumque autem illa lingua fuerit, quid attinet quaerere?". Hablaba así porque el tratado de S. Agustín es una explicación doctrinal catequética de cuestiones fundamentales. A Max Müller no se le ocurrió examinar otros libros de S. Agustín. Pero en *De Civitate Dei*, XVI, 11. I y XVIII, 39 se expresa largamente la tesis hebrea que es la opinión que pasa a la Edad Media. F. Lázaro Carreter, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII* (Madrid, 1949), pág. 90, sigue la opinión de Max Müller y afirma lo mismo.

Biblia sobre todo la latina de la Vulgata, por los textos originales. La Reforma defendía la primacía del texto hebreo y echaba en cara a los Padres de la Iglesia antiguos y a los Doctores recientes de la Iglesia su ignorancia del hebreo. La palabra de Dios inspirada no podía ser más que la original y no sus traducciones. Y las traducciones más cercanas a la palabra inspirada eran las que se hacían de los textos originales y no de las traducciones griega o latina. Muchos autores pretenden demostrar que la traducción griega del Antiguo Testamento, llamada de los LXX era una obra inspirada por Dios, porque era la versión que aparece citada en los textos del Nuevo Testamento. Trento no llegó a hacer inspirada la traducción latina llamada Vulgata de S. Jerónimo, pero le dio un papel preeminente. Eso ocasionó el que se retardara en la Iglesia Católica los estudios hebraicos generalizados y se mirara con sospecha a los que lo conocían y que las Iglesias Protestantes radicalizaran su postura, de hecho más científica, de asentar su explicación doctrinal sobre el hebreo y el griego o traducciones de estas lenguas a las lenguas vulgares y no de la traducción intermedia latina de la vulgata.

De ahí surgió la nueva revalorización del hebreo, reafirmando como lengua primigenia y los intentos de probar que lo era, porque todas las lenguas conocidas podían reducirse a ella.

Se suele citar, como punto de partida de estas elucubraciones, la obra de Theodoro Buchmann (1507-1564), que latinizó su apellido en Bibliander, discípulo de Zwinglio, de la segunda generación de reformadores, que además de una vida de Mahoma, publicó su *De ratione communi omnium linguarum et litterarum commentarius* (1548), para reducir todas las lenguas conocidas a la lengua hebrea.

Los intentos de unificación hebraica continuaban. El libro de Etienne Guichard, *L'harmonie étymologique des langues hébraïque, caldaïque, syriaque, grecque [ . . . ] où se démontre que toutes les langues son descendues de l'hebraïque* (1609) establece unos grupos fundamentales de lenguas, semitas, romances, germánicas, que se hacen remontar al hebreo.

El P. Luis Thomassin publica el *Glossarium universale hebraicum, quo ad hebraicam linguam fontes linguae et dialecti pene omnes revocantur* (1695). El diccionario fue muy leído y su influencia se muestra por doquier.

Las publicaciones son innumerables. Entre las más influyentes:

Gillaume Postel (1510-1581), *De originibus seu de Hebraicae Linguae et gentis antiquitate deque variarum linguarum affinitate*, (Paris, 1538).

Teseo Ambrogio, *Introductio in chaldaicam linguam, syriacam atque armenicam et decem alias linguas* (Lion, 1539).

Claude Duret, *Thesor de l'histoire des langues de cest univers* (Coligny, 1613).

Jose Justo Scaligero, *Opuscula varia, antehac non edita*, (Paris, 1610).

Albert Schultens, *Origines hebraeae, sive hebraeae linguae antiquissima natura et indoles ex Arabia penetralibus revocata* (Lion, 1724-38) y el *Excursus Dissertationis historicae de lingua primaeva*, (Lion, 1739).

Athanasius Kircher (1602-1680), quizás el lingüista más grande del siglo XVII, en su *Turris Babel* publicado en 1679, pero terminado de escribir bastante antes, porque noto que las planchas de algunos grabados llevan la fecha de 1670. dice, con ironía de diatriba barroca de los reconstructores de la unidad hebraica: “los inexpertos indagadores de esas cosas déjense de pescar ranas en el aire, porque piensen que vuelan sin alas”. “Esa tarea es tan inútil como los trabajos de Sísifo”<sup>17</sup>.

Inútil porque hacían falta tres cosas fundamentales: olvidar los prejuicios religiosos del origen del lenguaje; estudiar las lenguas en si mismas, y aumentar el conocimiento cuantitativo de ellas y una conciencia de cambio de mentalidad que hiciera posible hacer un corte epistemológico y naciera no nuevas respuestas a los viejos problemas, sino nuevas formas de interrogar los viejos datos.

Todas esas circunstancias se dieron para que surgiera lo que se llamó el nacimiento de la lingüística comparada.

No se trataba de comparar simplemente lenguas. Se trataba de compararlas de una manera especial. Se podía comparar el gótico y el latín, el latín y el griego y se había hecho muchas veces. ¿De dónde vienen el gótico y el latín? ¿Por qué tienen ciertos parecidos? Esa era la pregunta antigua. La respuesta nueva decía, tienen parecidos no porque uno esté en relación directa del otro, sino porque uno y otro vienen de una lengua anterior de la que los dos proceden. Había que remontarse al pasado. Había que buscar un dato empírico anterior. Afortunadamente trabajaban con un conjunto de lenguas que se remontaban en el tiempo, tenían larga tradición escrita y se extendían desde Irlanda hasta el valle del Ganges, desde el mar báltico hasta los confines mediterráneos de la antigua Capadocia. A ese conjunto de lenguas las llamamos hoy indoeuropeas. Se buscó entre ellas la más antigua. No es que esa lengua más antigua fuera la fuente originaria de las que luego habían ido surgiendo a partir de ella, pero era la documentación más antigua de esa lengua originaria. La lengua más antigua, ampliamente documentada era el sánscrito. Hoy sabemos que no lo era. Le antecedería el hittita y posiblemente el griego dórico. Pero el sánscrito, la lengua sagrada de la India, con su antigüedad y lejanía excitó el ambiente romántico de los europeos.

Era extraño que las lenguas de la India mostraran parecidos morfológicos

---

<sup>17</sup> Athanasius Kircher, *Turris Babel* (1679), pág. 134b.

con el griego y el latín. El primer comentario de la semejanza del sánscrito con el griego y el latín aparece en una carta del jesuita inglés Thomas Stephen de 1583, escrita en Goa. No menciona el sánscrito, pero señala la semejanza estructural entre las lenguas de la India y el griego y el latín. Un comerciante florentino, hombre de letras también escribió una carta desde Cochín en 1586 donde señalaba la semejanza entre el italiano y el sánscrito. Señalaba esta semejanza entre los numerales del uno al nueve, la palabra ‘Dios’ y ‘serpiente’.

Para la extensión del conocimiento del sánscrito en Europa tuvo mucho que ver la política de inculturación en la evangelización de los jesuitas, obra de Roberto de Nobili (1576-1656). Pretendían cristianizar la cultura ancestral india y la adaptación de los ritos romanos; para ello se dedicaron a tratar con las clases altas intelectuales, la de los brahmanes, que eran las que conocían los libros sagrados escritos en sánscrito. Las prohibiciones de Roma cortaron esta tendencia. Tres siglos después les dieron a los jesuitas la razón, que tres siglos para la Iglesia es nada.

La publicación de las *Cartas edificantes y curiosas* de los jesuitas, a partir de 1707, fueron una fuente de información. Sobre todo el resumen de literatura sánscrita de Jean François Pons (1740) que describe al sánscrito con palabras que se convertirían en lugar común: “admirable por su armonía, abundancia y energía” e informa sobre las gramáticas clásicas sánscritas y la que “la lengua más rica del mundo se reduce a unos pocos elementos primitivos de los que los sufijos derivativos y flexionales se añaden según reglas de aplicación que generan algunos miles de palabras correctas sánscritas”. Esos datos pasaron a Brosses, Dow, Voltaire, Monboddo, Bauzée y a Hervás. La popularidad de esas ideas hizo que el Abbé Bignon, nombrado bibliotecario de la Biblioteca Real de Francia pidiera a los misioneros franceses en India el envío de manuscritos de las lenguas de allí el jesuita Pons envió desde Bengala 168 manuscritos y seis capítulos de una gramática en latín. Esa gramática fue la base de los datos que aparecen en la Enciclopedia francesa de Diderot.

Cuando en 1765 La East India Company consigue los derechos administrativos sobre Bengala, Bihar y Orissa, el conocimiento de la cultura india se convierte en una necesidad.

La decisión del gobernador Warren Hasting en 1722 de aplicar en los juicios las leyes nativas hizo que hubiera que traducir la traducción del código hindú. En 1783 William Jones fue nombrado miembro de la corte suprema de Calcuta. Fundó la Asiatic Society de Bengala, con él mismo de presidente y pronunció en esa sociedad un discurso famoso, en 1786 donde decía:

“La lengua sánscrita, cualquiera que sea su antigüedad, es de una estructura maravillosa; mas perfecta que el griego, más copiosa que el

latín, y mas exquisitamente refinada que ambas, y a su vez teniendo con las dos una fuerte afinidad, tanto en las raíces verbales y en las formas gramaticales, que no han podido ser producidas por accidente; tan fuerte es, que no hay filólogo que examinando las tres no crea que han nacido de una fuente común, que, quizás, ya no existe. Hay una razón semejante, aunque no de tanta fuerza, para suponer que el gótico y el celta, aunque mezclados con otros idiomas, tienen el mismo origen que el sánscrito y que el antiguo persa debe añadirse a la misma familia»<sup>18</sup>.

Leída desde los años posteriores parece una profecía, pero lo único que hacía era formular algo que estaba en el aire y que él establecía con casi exactitud en el párrafo que hemos transcrito, pero que lo coronaba con ideas equivocadas de unir al párrafo anterior la lengua y sabiduría de los etíopes, egipcio, chinos, japones y aun los peruanos.

En 1789 vuelve a Europa de Malabar el carmelita descalzo Paulino de san Bartolomé. Trae y publica una serie de obras para dar a conocer el mundo y cultura de la India, pero sobre todo imprime la primera gramática sánscrita (1802).

París tenía una magnífica colección de manuscritos sánscritos e índicos mandados por los misioneros. Alexander Hamilton, de la Asiatic Society de Calcuta volvía de la India. En París se encontró con la guerra entre Inglaterra y Francia y no podía pasar a Londres. Ayudó al bibliotecario de la Biblioteca Imperial, Louis-Matthieu Langlès a clasificar los manuscritos sánscritos y ayudar a quien quisiera en el conocimiento del sánscrito. Allí se encontró con el menor de los Schlegel, Friedrich que publicó un libro apasionado sobre la cultura india donde juntaba, la lengua, la filosofía, la literatura la religión, con su propio entusiasmo, *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier* (1808): El sánscrito es la fuente actual de todas las lenguas, de todo el pensamiento y de toda la poesía del espíritu humano; todo, todo sin excepción viene de la India”. *Ex oriente, lux*, como escribiría luego Renan.

En Europa se podía estudiar sánscrito. Se crea en Francia la primera cátedra de esta lengua en el Colegio de Francia. August Wilhelm Schlegel siguió los pasos de su hermano menor y estudió sánscrito en París.

Se crea en Londres la biblioteca de la East India Company Library. Hamilton, llegado de Francia enseñaba sánscrito en el college de la India

---

<sup>18</sup> La cita de Jones apareció por vez primera en el libro de Benfey, *Geschichte der Sprachwissenschaft un orientalischen Philologie in Deutschland*. Munich, 1869. No citó la segunda parte, donde extiende la sabiduría de los indios hasta los peruanos y así ha pasado a los manuales de historia de la lingüística.

Company.

Ya se podía establecer el modo de estudio del conjunto de las lenguas que formarían una familia. Podía determinarse como, desde un estadio primero, las lenguas se habían ido transformando, separando, creando grupos diversos lingüísticos, siendo lenguas distintas, sin perder el aire de familia. Y todo ello podía establecerse señalando como unos sonidos primitivos se iban transformando a lo largo del tiempo según unos comportamientos de regularidad que con espíritu de suficiencia llamaron leyes.

Un solo ejemplo: una labial oclusiva sorda [p] primitiva iba señalando en el tiempo cómo las lenguas futuras se iban formando: p>f ; Indoeuropeo: penk<sup>w</sup>e; Griego: πέντε; Latín: quinque; Germánico: \*finfe; Gótico: fimf; Alemán: fünf; Inglés: five; Norso: fimm; Noruego: fem.

Cada lengua presente era la última objetivación del pasado. Ya no interesa decir lo que una lengua era, sino lo que una lengua había llegado a ser desde el estadio más antiguo documentado o reconstruido. El espíritu de nuestro padre Hegel (1770-1831) aleteaba sobre las aguas.

Las palabras tenían una verdad, una etimología. Su verdad no era lo que aparecía en la superficie de cada lengua, sino la determinación de los estados anteriores por los que había llegado hasta el presente. Las ciencias humanas estaban dominadas por los esquemas de las metáforas de las ciencias naturales. Las lenguas se separaban como las ramas de un árbol se separan de un tronco y el último significado de las palabras estaba en la forma más antigua documentada. que se llamó la raíz de una palabra. La etimología de la palabra era la punta más simple de su raíz de donde salían las formas derivadas. El nombre indoeuropeo estaba formado por unas consonantes y unas vocales que podían variar según las circunstancias, recuerden la alternancia vocálica del inglés para formar el plural de man/men, las variaciones vocálicas en latín en compuestos como facio/conficio, los grados vocálicos diferentes para expresar los morfemas verbales en los verbos alemanes llamados fuertes: trinken, trank, getrunken.

Pott (1802-87) en su *Etymologische Forschungen* decía con aire romántico: “Las raíces son los caciques, los jefes del clan de una familia de palabras; son la unidad, el punto piramidal en el que los miembros de una familia terminan; sólo los compuestos pueden, como una pareja casada, pertenecer a dos familias”<sup>19</sup>.

Con esos principios comienzan a aparecer los diccionarios etimológicos de

---

<sup>19</sup> August Friedrich Pott, *Etymologische Forschungen auf dem gebiete der Indo-germanischen Sprachen, mit besonderen Bezug auf die Lautumwandlung im Sanskrit, Griechischen, Lateinischen, Litanischen und Gothischen*. 2 vols. 1833-36, I, pag. 155.

lenguas indoeuropeas. El primero es el de Fick<sup>20</sup> en 1868. Estudió las formas de las palabras y las clasificó siguiendo la división y partición de lenguas del esquema arbóreo de Schleicher. Un poco antes en 1883 había aparecido el diccionario etimológico de la lengua alemana de Kluge, en sentido más divulgativo<sup>21</sup>. En 1897 Hübschmann publica sus estudios de armenio en dos partes, en la primera parte estudia la gramática y en la segunda las etimologías. Se trata de un verdadero léxico donde las palabras se separan según sean primitivas o préstamos de diversas lenguas<sup>22</sup>.

Se comenzó a trabajar sobre grupos de lenguas. Meyer-Lübke en 1911 publica su diccionario de las lenguas romances. Parte de las bases latinas y recoge las derivaciones en las diversas lenguas y dialectos románicos<sup>23</sup>. Con el mismo sistema de Fick, Trautmann en 1923 publica un controvertido diccionario etimológico de las lenguas balto eslavas<sup>24</sup>.

Capítulo aparte forman los diccionarios etimológicos de las lenguas clásicas. Para el sánscrito tenemos el increíble por la exactitud y la abundancia de datos de Mayrhofer<sup>25</sup>. Para el griego tenemos el diccionario de Frisk insuperable en su exactitud<sup>26</sup>. Y para el latín, centrado en las raíces indoeuropeas está el de Walde y luego Walde-Hoffmann<sup>27</sup> y el de Ernout-Meillet-André, que es casi imposible que se pueda mejorar<sup>28</sup>. Sobre el conjunto de las lenguas indoeuropeas sólo tenemos un diccionario de sinónimos de Buck ordenados por contenidos de significados del presente, con algunas glosas que se apoyan en conocimientos un poco atrasados, sin referencias a las lenguas albanesa, armenia y al Tocario A y B<sup>29</sup> y el de Pokorny ordenado por raíces<sup>30</sup>.

<sup>20</sup> August Fick, *Vergleichendes Wörterbuch der Indogermanischen Sprachen: Ein sprachgeschichtlicher Versuch*. Gotinga, 1868. 4ª ed. Gotinga, 1890-1909.

<sup>21</sup> Friedrich Kluge, *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*. Estrasburgo, 1863. 20ª ed. Berlin, 1967.

<sup>22</sup> Heinrich Hübschmann, *Armenische Grammatik. Armenische Etymologie*. Leipzig, 1897.

<sup>23</sup> Wilhelm Meyer-Lübke, *Romanisches etymologisches Wörterbuch*. Heidelberg, 1911. 3ª ed. 1930-35.

<sup>24</sup> Reinhold Trautmann, *Baltisch-slawisches Wörterbuch*. Gotinga, 1923.

<sup>25</sup> Manfred Mayrhofer, *Kurzgefasstes etymologisches Wörterbuch des Altindischen*. Heidelberg, 1956-80.

<sup>26</sup> Hjalmar Frisk, *Griechisches etymologisches Wörterbuch*. Heidelberg, 1960-72.

<sup>27</sup> Alois Walde, *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*. Heidelberg, 1906. Alois Walde. y Johann Hoffmann, 3ª ed. 1939-65.

<sup>28</sup> Alfred Ernout y Antoine Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine: Histoire des mots*. 1ª ed. 1932. La edición definitiva es la 4ª. Paris, 1960. Reimpresión con correcciones y adiciones de Jacques André, 1994.

<sup>29</sup> Carl D. Buck, *A dictionary of selected synonyms in the principal Indo-European languages: A contribution to the history of ideas*. Chicago, 1949. Reimpresión casi imposible de utilizar de 1988.

<sup>30</sup> Julius Pokorny, *Indogermisches Etymologisches Wörterbuch*. Munich I y II 1959, 1969.

Un diccionario semántico del Proto-indo-europeo, ordenado con campos semánticos en la segunda parte del libro de Gamkrelidze e Ivanov, *Indo-European and the Indo-Europeans*<sup>31</sup>.

Con las etimologías indoeuropeas se había logrado formar grupos de lenguas, separarlas de las que pertenecían a otras agrupaciones, establecer los pasos y la cronología de la separación de unos bloques de lenguas de otros y establecer un método lo más exacto posible del modo como desde un estadio primitivo las lenguas habían ido evolucionando.

Parecía que se había hecho mucho, pero muchísimo quedaba por hacer. Se había estudiado las lenguas, pero se habían olvidado los hablantes. Antonio Tovar, tempranamente puso el dedo en la primera llaga: Así afirmó: "la determinación de las lenguas primitivas ha sufrido una abstracción sin conexión con la realidad. En los libros clásicos del comparatismo de Brugmann o Delbrück, el indoeuropeo común más allá de Homero o del Rigveda, es una pura abstracción"<sup>32</sup>. Su toque de atención llegaba tarde, porque ya nadie recurría a los viejos comparatistas ahistóricos e intemporales. Esa abstracción comenzó a romperse con el trabajo conjunto de arqueólogos y lingüistas.

La determinación de las lenguas en familias se hizo lingüísticamente, había que trabajar también paralelamente con la arqueología como un camino de comprobación del dato lingüístico. Los trabajos de este tipo comenzaron a primeros de siglo. Los presupuestos eran que se había llegado a estudiar bien los restos del paleolítico. A partir de eso se comenzó a pensar que se podría rastrear los orígenes de las lenguas que crearon esas culturas materiales indoeuropeas. La primera pregunta que hay que hacerse es donde comenzaron a vivir y se desarrollaron quienes comenzaron a hablar eso que se llama protoindoeuropeo. No es que un grupo de gente comenzara un día a hablar indoeuropeo. El hablar humano no comenzó con el indoeuropeo. Lo que decimos es que una lengua que ya encontramos lo suficientemente coherente para que tuviera una unidad de la que ha surgido la diversidad de su extensión, donde se produjo para señalar el punto geográfico de su expansión. Penka comenzó el camino, pero sabía más arqueología que lingüística. En 1926 apareció el libro *The Aryans* de Gordon Childe. Éste era uno de los pocos estudiosos del problema indoeuropeo que dominaron simultáneamente las dos disciplinas implicadas: Lingüística y Arqueología, camino continuado por una arqueóloga lituana de nacimiento, alemana de formación académica y

---

<sup>31</sup> Thomas V. Gamkrelidze y Vyacheslav V. Ivanov, *Indo-European and the Indo-Europeans*. Berlin, 1995, pag. 388- 852.

<sup>32</sup> A. Tovar, "Linguistics and Prehistory", en A. Martinet y U. Weinreich (eds. ), *Linguistics Today*. New York, 1954, pág. 213-214.



norteamericana de adopción, Marija Gimbutas<sup>33</sup>.

Aparte de esta colaboración de la lingüística con la arqueología, ¿qué es lo que se hace hoy con la etimología? Se siguen estudiando palabras aisladas, se perfilan y se discuten problemas concretos, pero es posible que la etimología hoy día sirva para poco en su forma clásica. Con la etimología se establecieron familias y reglas de transformación. Eso ya está hecho. Qué es lo que hay que hacer ahora.

La etimología clásica estudió fundamentalmente las transformaciones fonéticas y los valores morfosintácticos. Los significados los trató con una impresionante miseria intelectual y con una inconsciencia adolescente.

La determinación de la etimología procedía así: se comparaban las lenguas y se reconstruía una palabra indoeuropea, y de la existencia del lexema se deducía la existencia de la denotación relativa en el marco de la cultura indoeuropea. Así, por ejemplo, del lexema \**rēgs* 'rey' (cfr. ved. *rāj*, lat. *rex*, galo *-rīx*) se deduce que las gentes indoeuropeas estaban gobernadas por un rey. De \**owis* 'oveja' (lat. *ovis*, ved. *avi-*, etc.) se deduce que practicaban la cría de ovinos, etcétera. Con esta técnica, Kuhn se traza una primera reconstrucción de la cultura de los indoeuropeos: campesinos y criadores de ganado, religiosos, dotados de una sólida estructura social y de un fuerte sentido de la familia, y regidos por un sistema monárquico.

En 1828 un gran filólogo clásico con amplios intereses históricos y lingüísticos, M. Müller, tras explicar mediante argumentos léxicos la génesis de los latinos y de los itálicos por una mezcla de pueblos aborígenes e invasores grecoides, atribuyó a los primeros una pujante capacidad militar y a los segundos una pacífica cultura agrícola. El paso del dato léxico a la conclusión general se producía según la siguiente lógica: el *lat. ensis*, 'espada', no tiene correspondencia fuera de Italia, por tanto, procede del lenguaje de los aborígenes, que debían de constituir un pueblo guerrero; por el contrario, *bōs*, 'buey', se encuentra en el griego y es, por eso mismo, un lexema importado por los invasores, que demuestran ser criadores de ganado. El razonamiento no es sólo ingenuo, sino también técnicamente erróneo, ya que *ensis* tiene una correspondencia concreta en el ved. *asj-*, «espada», de forma que, desde el punto de vista planteado por Müller, tendría que pertenecer al léxico de los

---

<sup>33</sup> De su extensa bibliografía dispersa, lo más esencial: "Die Indoeuropäer" en A. Scherer (Ed.), *Die Urheimat der Indogermanen*. Darmstadt, 1968. pag. 538-571; "Proto-indo-european culture: the Kurgan culture during the 5th to de 3th millennia B. C." en G. Cardona, H. M. Hoeniswald y A Senn (eds.). Filadelfia, 1970, pág. 155-198; "The three waves of the Kurgan people into Old Europe" *Archives suisses d'anthropologie générale*, 43(1979)113-117; "The Kurgan wave 2." en E. C. Polomé (ed.), *The Indo-European in the fourth and third millenia*. Ann Arbor, Mich. 1982. pág. 1-60.

invasores; Una síntesis en Pictet, *Les origines indo-européennes ou les Aryas primitifs. Essai de paléontologie linguistique* (2 vols. , 1859-63), y las investigaciones de Pisani, *Paleontologia linguistica* (1938), y la obra de Devoto, *Origini indoeuropeo* (1962).

El método léxico presenta graves limitaciones. Ante todo, como dato factual, no es en absoluto cierto que la existencia de un lexema implique la existencia de una denotación relativa de la misma área lingüística: considérese que casi todas las lenguas de Europa poseen el mismo término para «león» (se trata de continuaciones directas o indirectas del lat. *leonem*), sin que por ello existan leones en el continente europeo.

En segundo lugar, mientras la reconstrucción del significante, hasta donde resulta posible, es unívoca, no se puede decir lo mismo de la reconstrucción del significado, que suele apuntar en una dirección determinada, sin por ello ser unívoca. Considérese, por ejemplo, el ved. *simha*- y el arm. *inj*, que remiten a una forma indoeuropeo de limitada difusión geográfica, *\*singhos* (no es relevante que ésta, a su vez, pueda ser un préstamo de una lengua oriental o africana, porque el préstamo sería en todo caso de época indoeuropea). Lo importante es que *simha* significa «león», mientras que *inj* designa al leopardo: entonces, ¿qué significado habría que atribuir al i. e. *\*singhos*? En casos como éste los indoeuropeístas sienten la tentación de refugiarse en lo genérico, reconstruyendo significados tan amplios que abarcan todos los de los lexemas objeto de la comparación (que son, precisamente, los únicos reales); de modo que en el caso que nos ocupa podríamos atribuir a *\*singhos* el significado de «bestia grande». Pero, ¿es razonable atribuir a una lengua lexemas de significado constantemente genérico e impreciso? Por el contrario, podemos estar seguros de que la realidad es muy distinta: *\*singhos* debió tener un significado concreto que fue conservado o cambiado durante su paso al védico y al armenio, pero nosotros no estamos en condiciones de establecer qué es lo conservado y qué lo innovado.

La cuestión se complica cuando se acepta con seguridad apriorística un cierto significado y se extraen de él consecuencias relevantes en el plano de la reconstrucción cultural. Algo parecido ocurre a propósito del llamado “argumento del haya”, con el que se quería demostrar que la sede original de los indoeuropeos era más o menos la actual Polonia occidental.

Se partió del análisis de la serie léxica constituida por el lat. *fāgus*, ‘haya’, a a. bouhha, ‘id. ’, gr. φηγός ‘encina’ kurdo *būz*, ‘olmo’. (La forma kurada sabemos hoy que debe quedar fuera de esta comparación), ruso *buziná*, ‘saúco’ y todos derivan de un *\*bhāwg*. Ahora bien, puesto que el haya no crece espontáneamente al este de la línea Königsberg-Crimea, se deduce que el significado original de haya pudo sobrevivir sólo en latín y en germánico,

mientras que en otros lugares el significado relativo se empleó para denotar otros árboles que crecían en el lugar. Siendo ‘haya’ el significado original, queda probado tanto que ese árbol era típico del hábitat indoeuropeo como que, obviamente, hay que situar ese hábitat donde el árbol crece espontáneamente, es decir, en Italia o en Alemania. Descartada Italia por razones evidentes (llena de gentes no indoeuropeas en los inicios de la edad histórica), no queda más que Alemania: allí estaría, pues, el hábitat original de los indoeuropeos.

Es fácil ver que el “argumento del haya” se basa por completo en la convicción no demostrada e indemostrable de que el significado del i. e. *\*bhāiwig-* era ‘haya’, cuando, sin embargo, las lenguas históricamente atestiguadas muestran numerosos significados, con tal dislocación y variedad que no nos permiten ninguna reconstrucción segura.

Pero tampoco cuando se llega a establecer un significado seguro resulta útil el método léxico para conseguir una reconstrucción real de la cultura indoeuropea. Retomemos el caso de i. e. *\*rēg-s* ‘rey’. Khun llegó a la conclusión -como es obvio- de que los indoeuropeos conocieron la figura del rey. Por desgracia, tal constatación no aumenta en absoluto nuestro conocimiento histórico de aquel mundo, ya que el historiador no está interesado en el título, sino en la realidad que se agazapa tras éste (¿cuáles eran las funciones del rey?, ¿qué poderes tenía?, ¿cómo era elegido?, etc.); enigmas que un mero título no puede aclarar.

Al método léxico se contraponen hoy el textual, partiendo de la premisa de que los indoeuropeos transmitieron a sus descendientes no sólo una lengua, sino también una cultura, y que ésta puede ser reconstruida comparando datos culturales idénticos o análogos en diferentes culturas indoeuropeas, siempre que no presenten un carácter innovador o que no se trate de elementos prestados. Hablamos, pues, de ‘método textual’ cuando los elementos utilizados en la reconstrucción se han conservado en textos escritos en época antigua, aunque en principio no se pueda excluir la utilización de datos contemporáneos que aún no se han registrado por escrito. De este modo, el método se basa en un análisis de los contenidos, y abarca desde el contenido semántico de una sola palabra hasta la estructura de una literatura completa. Es, pues, evidente que en ningún caso, se requiere una identidad léxica de los elementos que realizan estos contenidos.

En la antigua Irlanda se llamaba al extranjero -no con metáfora ocasional, sino con término institucionalizado- “lobo azul”. En el mundo germánico, el criminal expulsado de su tribu recibía el nombre de “lobo”. Las leyes hititas definen al “lobo” como el que ha perdido la protección de la ley por haber raptado a una mujer. Por fin, en la India védica, “lobo” designa al extranjero hostil.

La perfecta coherencia de estos usos únicamente tiene explicación cuando se admite que ya en la cultura indoeuropeo existía un empleo metafórico de “lobo”, con el significado de «persona que es o llega a ser extraña a la tribu y se opone a ésta con hostilidad». No obstante, lo que de indoeuropeo se ha conservado en este caso es sólo el contenido, el dato cultural, no el lingüístico, ya que cada lengua utiliza su propio término para esta acepción de “lobo”: a. irl. cú, germ. \**war* <ga. Z, ved. *vrka* (el hitita tiene el ideograma UR. -BAR. RA, cuya lectura es quizá *iuetna*). Quiere esto decir que cada lengua ha introducido libremente innovaciones en el plano lingüístico pero no en el de los contenidos culturales. Los cuales, por otra parte, son también susceptibles de variación, sin que por ello se pierda el dato original. El ejemplo nos lo ofrece en esta ocasión el irlandés, que no dice simplemente “lobo”, sino “lobo azul”. ¿De dónde procede este adjetivo? De una experiencia histórica típica de los irlandeses, para quienes el extranjero hostil se identificaba con el britano, sin género de dudas. Los britanos -lo sabemos por César y por Plinio- tanto , en la guerra como en las ceremonias religiosas se teñían el cuerpo de azul: de tal práctica, ajena a la cultura irlandesa, nace el adjetivo “azul”<sup>34</sup>.

Esto es lo que propugnaba Meillet cuando escribía que “habrá que determinar a qué estructura social responde una estructura lingüística y como, de una manera general, los cambios de estructura social se traducen por cambios de la estructura lingüística”<sup>35</sup>.

¿Podemos llegar más allá del protoindoeuropeo?. Después de haber hecho la historia de una lengua desde hace 4500 años, desde sus ramificaciones del presente, ¿podemos llegar a un estadio anterior, antes que el grupo indoeuropeo se separara de otros hablantes?. Una de las conquistas de los indoeuropeistas fue no comparar lengua a lengua, sino conjuntos de lenguas.

El estado actual más atrevido de la investigación es el siguiente.

Para Africa, Joseph H. Greenberg en 1963 clasificó las lenguas de Africa en cuatro familias dominantes: la afro-asiática, la khoisán, la iúger-cordofana y la nilo-sahariana. El mismo autor, más recientemente, ha dividido el conjunto de las lenguas amerindias en tres macrofamilias: la familia amerindia -la agrupación más discutida- agrupa todas las lenguas de mesoamérica y de Suramérica. Estarían emparentadas con las lenguas euroasiáticas. La familia nade ne agruparía las lenguas de Canadá y el suroeste de Estados Unidos. Estarían emparentadas con las lenguas euroasiáticas y dene-caucásicas. Por último, las que llegaron más recientemente, serían las eskimo-aleutianas

<sup>34</sup> Todo esto en Enrico Campanile, “Antigüedades Indoeuropeas” en Anna Giacalone Ramat y Paolo Ramat (eds. ) *Las lenguas Indoeuropeas* (trad, española). Madrid, 1995. pag. 27-34.

<sup>35</sup> A. Meillet, *Linguistique historique et Linguistique générale*. Paris, 1982, pag. 17-18.

relaciones de la misma forma que la anterior.

Para las lenguas austronesias la hipótesis unificadora más reciente es la de Paul K. Benedict (1975). Supone que las lenguas austronesias junto con las del grupo tai-ka i (tailandés y lao) se agruparían en un proto-auto-tai PAT Robert Blust (1988) cree que la expansión geográfica del PAT se inició en Taiwan, donde se encuentran las formas más antiguas de lenguas austronesias, para llegar luego a Filipinas, Borneo, Cébes y bifurcarse con una rama que por el Este iría hasta Java y la otra por el Oeste a Oceanía.

Luigi Luca Cavalli-Sforza ha establecido las grandes familias lingüísticas existentes en la actualidad: las lenguas africanas: la lengua originaria de los pigmeos, hoy desconocida, , el grupo de lenguas africanas occidentales, las nilosaharianas, las khosian ; todos los grupos de lenguas englobadas en la reconstrucción del nostrático; las lenguas amerindias; las na dene, chino-tibetano, las lenguas de la familia austral ; las indo-oceánicas y las aborígenes australianas. Luego ha establecido la distribución genética de los hablantes de estas lenguas. El resultado es la superposición de la distribución genética con la distribución lingüística. Esto da validez a la hipótesis que nos lleva hacia una lengua originaria común. Ha investigado la correlación entre genes y lenguas<sup>36</sup>.

Algunos, no demasiados, indoeuropeístas no se han resignado a considerar el conjunto indoeuropeo como una familia de lenguas aislada de las otras.

Al final del siglo pasado cuando Saussure descubrió los fonemas nuevos en el indoeuropeo que actuaban sobre el vocalismo, que Moller bautizó como laringales creyeron, que como ese elemento se daba también en las lenguas semitas se podía establecer una relación entre ambos grupos<sup>37</sup>. Osthoff en 1881 se opuso de tal manera a la insinuación que Moller y Saussure pensaron dedicarse a estudiar los orígenes de la épica germánica. Sin embargo Moller siguió trabajando en el tema y publicó en 1906 su *Semitisch und Indogermanisch*.

El discípulo de Moller, Pedersen ya en 1933 creó una gran familia, con el grupo indoeuropeo con los grupos semitas, camitas, urálicos, altaikos y esquimales. A ese grupo lo llamó el Nostrático<sup>38</sup>. Trombetti en su *Elementi di glottologia* (1922) postulaba la unidad de todos los lenguajes, pero sin aportar

---

<sup>36</sup> L. L. Cavalli Sforza, A. Piazza P. Menozzi y L. M. Mountain, "Reconstruction of human evolution: bringing together genetic, archeological and linguistic Data", *Proceedings of the National Academy of Science*, 85/16 (1988) 6002-6016. Cfr. F. Delgado, "Cuando el hombre comenzó a hablar", *Alfinge*, 11 (1999) 27-42.

<sup>37</sup> Hermann Møller, *Semitisch und I Indogermanissh: Konsonanten*. Copenhagen 1907; *Die semitisch-vorindogermanischen laryngalen Konsonanten*. Copenhagen, 1917.

<sup>38</sup> Holgar Pedersen, [-J. W. Spargo], *The Discovery of Language*. Bloomington Ind. (reimpresión) 1962, pag. 338.

pruebas fehacientes.

Las pruebas más exactas llegaría con los años sesenta por la obra de V. M. Illic-Svityc (*Diccionario de las lenguas nostráticas*, 1986) y los planteamientos metodológicos de A. B. Dolgopolsky trabajando independientemente. El indoeuropeo pertenecería a la misma familia que el afroasiático (semítico, egipcio antiguo, bereber), urálico (finlandés, húngaro, samoyedo), altaico (turco, mongol, japonés, coreano), kartvélico o caucásico meridional (georgiano, svano, zano) y dravídico (telugu, tamil, kannada). El antepasado común sería el nostrático que se habló en el Oriente medio hace 12000 o 15000 y cuyos hablantes se extendieron hasta ocupar parte de Eurasia y Africa<sup>39</sup>.

Por ahora no se puede llegar a conclusiones seguras para determinar si hay que buscar la etimología en las reconstrucciones del indoeuropeo común, apoyándonos en las lenguas indoeuropeas más antiguas que conocemos o podremos un día saltar esa barrera temporal y retroceder hasta un pasado más remoto.

---

<sup>39</sup> A.B. Dolgopolsky, "A probabilistic hypothesis concerning the oldest relationships among the language families of North Eurasia" V. V. Shevoroshkin y T. Marley (eds. ) *Typology relationship and Time*. Ann Arbor, 1986. Allan R Bomhard,. *The Nostratic macrofamily: a study in distant linguistic relationship*. New York: Mouton de Gruyter, 1994. Allan R. Bomhard, *Toward Proto-Nostratic*. Amsterdam Studies in History of Linguistic Science, Series IV: Current Issues in Linguistic Theory, 27. Amsterdam: John Benjamins, 1984. Toby B Griffen, "Nostratic and Germano-European", *General Linguistics* 29, III (1989): 139-49. Kaiser and Shovoroshkin. "Nostratic", *Annual Review of Anthropology* 17, (1988): 302-29. Kaiser, Mark, and Vitalij Shevoroshkin. "On Recent Compararisons between Language Families:The Case of Indo-European and Afro-Asiatic", *General Linguistics* 27, I (1987), págs. 34-36.